



REVISTA DE LOS CAZADORES.

ADVERTENCIA.

Este número y los tres que faltan para concluir el actual trimestre se repartirán dentro del presente mes, aunque con alguna irregularidad, porque hemos tenido precision de retirar algunos originales de interés, cuyas dimensiones impedían que quedasen terminados con el número 27, último del tomo segundo.

EL ALCE.

El Alce está considerado como la especie típica de la familia de los ciervos. Aunque suponemos que la mayor parte de nuestros lectores tendrán noticia de las condiciones zoológicas de este *plenicornio*, no nos creemos dispensados de darlo á conocer, siguiendo nuestro sistema de consignar en las columnas de LA CAZA todo lo que consideramos de utilidad. Para ello nos apoyaremos en la descripción hecha por un célebre naturalista.

Este animal es notable por lo largo del pelo, la magnitud de las orejas, la pequeñez de la cola y la forma de los ojos, cuyo grande ángulo es muy hendido, igualmente que la boca, que lo es mucho mas que en los bueyes;

los ciervos y demás animales bisulcos. El Alce tiene casi el tamaño de un ciervo, su cuerpo es de unos seis piés desde la estremidad del hocico hasta el origen de la cola, cuya longitud es solamente de dos pulgadas. Las hembras no tienen cuernos, su cuello es corto y ancho, y las orejas tien en diez pulgadas y media de largo, y cuatro y ocho líneas de ancho. El color del pelo no se diferencia mucho del de la piel del asno, cuyo color gris á veces se acerca al color del pelo de camello. Pero este pelo es muy diferente del del asno, que es mucho mas corto, y del camello que es mucho mas fino, tiene tres pulgadas y media, y su grueso igual al de la crin mas recia de caballo: este grueso va siempre en disminucion hácia la punta, que es muy delgada. Solino y Plinio dicen que el Alce se ve precisado á pastar caminando hácia atrás, para impedir que su lábio se le introduzca entre los dientes; pero la naturaleza ha evitado de otro modo este inconveniente, por medio de lo grande y fuerte de los músculos destinados particularmente para levantar el labio superior. Sus piés son semejantes á los del ciervo, aunque mucho mas abultados. En el cerebro hallamos, dice el redactor de las Memorias de la Academia, una parte cuyo tamaño tenia tambien relacion

con el olfato, el cual, segun Pausanias, es mas fino en el Alce que en ningun otro animal, pues los nervios olfatorios eran sin comparacion mayores que en ningun otro animal de los que hemos disecado, teniendo mas de cuatro líneas de diámetro. Por lo tocante al abultamiento que algunos autores le suponen en el lomo, y otros bajo la barba, puede decirse que si no se equivocaron ó fueron demasíadamente crédulos, este carácter era particular en los Alces de que hablan. Sin embargo, Linneo, que debió conocer los Alces, pues habitó en su país, hace mencion de este lobanillo debajo de la garganta, y aun le da por carácter esencial del Alce. No hay otro medio de conciliar esta asercion, que suponer este lobanillo perteneciente al Alce macho; pero si es así, este autor no debiera haberle dado por carácter esencial en la especie, puesto que la hembra carece de él.

En general, el Alce es animal mucho mayor y mas robusto que el ciervo y el reno: su pelo es tan áspero y tan dura su piel, que apenas puede penetrarla una bala de fusil; sus piernas tan firmes, de tanto movimiento y fuerza, especialmente las anteriores, que de una sola patada puede matar un hombre, un lobo, y aun partir un árbol. Con todo, se le caza casi como el ciervo, esto es, á fuerza de hombres y de perros. Aseguran que cuando es perseguido, suele caer repentinamente sin haberle disparado ni herido, y de esto han conjeturado que está sujeto á la epilepsia y que sus pezuñas debian curarla y aun preservar de ella; y esta preocupacion grosera se ha esparcido tan generalmente que, aun en el dia, se ve á muchas gentes del pueblo llevar anillos en que hay engastado un pedacito de pezuña de Alce.

El haber muy poca gente en las partes septentrionales de América, es causa de que se encuentre allí mucho mayor número de toda especie de animales, y particularmente de Alces, que en el Norte de Europa. Los salvajes no ignoran el arte de cogerlos: los siguen por el rastro, á veces muchos dias consecutivos; y á fuerza de constancia y de maña, consiguen su intento.

Muchos viajeros han pretendido que en la América septentrional hay Alces de un tamaño mucho mas considerable que el de los Alces de Europa y aun de los que se ven mas comunmente en América.

Josselyn asegura haberse hallado en la América septentrional Alces de catorce piés de alto; los viajeros que han hablado de estos Alces gigantescos, dan siete piés de largo á sus cuernos, y segun Josselyn, sus estremidades distan una de otra dos brazas: de doce á trece piés. La Honta dice que hay en América cuernos de Alce que pesan de trescientas á cuatrocientas libras. Todas estas noticias pueden ser exageradas ó no tener mas fundamento que las relaciones infieles de los salvajes, los cuales pretenden que á setecientas ú ochocientas millas al Sudoeste del fuerte de Yorck existe una especie de Alce mucho mayor que la ordinaria, y á la cual dan ellos el nombre de Waskeser; pero lo que sin embargo pudiera dar motivo á presumir que estas relaciones no son absolutamente falsas, es haberse encontrado en Irlanda gran cantidad de cuernos fósiles de enormes tamaños, los cuales se han atribuido á los grandes Alces de la América septentrional, de que habla Josselyn, porque no es posible suponer que algun otro animal haya llevado cuernos tan grandes y pesados.

El Alce, aunque de índole feroz, es susceptible de domesticidad como el reno. Monsieur Fouché de Obsonville alimentaba en la India á uno que habian cogido pocos dias despues de su nacimiento: este animal nunca se separaba de él, y andaba suelto por todas partes, acudiendo á la voz de su amo, y mostraba grande impaciencia cuando no podia estar á su lado. Mientras duró un viaje que tuvo que hacer Mr. Fouché, le ataron; pero de tal modo llegó á enfurecerse, que nadie se atrevia á arimarse á él, echándole el alimento desde lejos. Cuando su amo estuvo de vuelta y el animal le vió, comenzó á hacer los mayores esfuerzos para desembarazarse de su atadura, prodigando despues á su amo las mayores caricias y haciendo notables demostraciones de alegría.

DE LOS AUGURES.

Adivinacion por medio del canto y del vuelo de las aves.

Desde los tiempos mas antiguos fué la humanidad mas curiosa para saber lo porvenir que para indagar lo pasado y darse cuenta de los sucesos presentes. La profecía cumplida acompaña á la religion verdadera como uno de los racionales motivos de creencia, y predomina en

las falsas como una de las supersticiones mas comunes á que está sujeta nuestra especie. Lazo tendido á la credulidad, enrédanse en él los mas privilegiados talentos, da lugar á los mayores absurdos y es, por último, provechosa lección para los que vivimos en tiempos de mayor ilustración y de mas perfeccionados cultos. Las hay que pueden dar mas cabal idea de la humana perversidad, como los sacrificios humanos, quizá ninguna espresa tan bien nuestra debilidad é impotencia sin la revelacion, como la que en una de sus clases es objeto del presente artículo.

El canto de las aves es una lengua divina, que no pasó desapercibida á Pilpay en el Oriente, ni en el Occidente á Esopo: hubo y aun hay quien sostiene que todos los seres animados tienen una espresion adecuada á sus necesidades, desde la admirable voz humana hasta el zumbido de los insectos y el rumor de las hojas agitadas por el céfiro apacible ó por el cierzo desencadenado. Sea de esto lo que quiera, la verdad es que filósofos y poetas se resisten á considerar completamente muda la creacion que nos rodea. El hombre no es el rey de la naturaleza sino en cuanto descubre sus leyes, ni el árbitro de los seres animados sino en cuanto se las dicta, convencido del particular encargo que cada cual ha recibido de la Providencia.

Despierta apenas el hombre del letargo en que le sumió la noche cuando las aves entonan melodiosos trinos, escitándole al trabajo como en nombre de toda la naturaleza, que solo descansa para entregarse á un tiempo dado á nuevas tareas. Consuecantar sabroso no aprendido, como Fr. Luis de Leon decia, alivian las fatigas del labrador, y aprisionados en doradas rejas, como decia Rioja, divierten los ociosos de los mas ricos, ofreciendo igualmente sus dotes naturales al que las deja en libertad y al que las sujeta, al que huelga y al que trabaja, como si para solo eso formasen parte de la naturaleza. Sus amores, sus celos y sus tristezas sacan mil distintos tonos de su admirable instrumento, y comprendiéndolo así los poetas, colocaron unos en su cantar censuras, como Aristófanes, y otros, como Esopo, consejos. Las antiguas religiones que solamente hablaban á los sentidos, no podian menos de atribuirles algo de divino, y de aquí á la adivinacion de los augures solo habia un paso, facilísimo para griegos y romanos, de fecundísima imaginacion y tal creduli-

dad, que sacaria el color al rostro del que tuviese en mayor grado esta cualidad en los pueblos modernos.

Nada fué para ellos inútil en la creacion: todo encerraba un Dios en sus entrañas. El astro como la flor, el hombre como el mas despreciable insecto. La piedra fué en otro tiempo Niobe, reducida á la impasibilidad de puro sentimiento por la muerte de su familia; los álamos que dan sombra al cristalino arroyo que baña sus raíces fueron las hermanas de Faeton, que hasta convertirse en aquel estado no cesaron de deplorar su locura, y en la concavidad de los árboles habitaban ciertas amables ninfas que revestian modestos pero seductores encantos al abrirse cada boton, y que el hacha del leñador condenaba como al árbol á la muerte. El águila, que majestuosa hiende los aires, ó lleva en sus garras al copero del Olimpo ó suministra á Júpiter los rayos, que el Dios en su justicia fulmina contra los hombres. No vaga el lobo cabe los abandonados rediles, sino en castigo de la voracidad de Lyco, ni anuncia el gallo la venida del dia sino en pena del descuido de Mercurio en velar por los amantes confiados á su custodia. Si solo vivieran para este mundo los hombres, si no tuviesen otra facultad que la imaginacion, ¿qué otra religion sino la griega pudiera hacerles llevadera una vida sin esperanzas de otra celestial, y cuál otra podria presentarles mas seductores atractivos?

Desde la cándida paloma que con el ramo de oliva en el pico anunció á Noé que la justicia divina cedia el puesto á la misericordia, hasta la que bebia en la copa del viejo Anacreonte ó paseaba sobre montañas y valles el carro de Vénus, fué considerado este volátil como símbolo de la belleza y de la ternura, y representacion del amor, que en nuestra misma religion se conserva. Los grandes conquistadores y descubridores, desde los griegos y Alejandro que nos trajeron el pavo real de la India, hasta Cristóbal Colon que puso á los piés de los Reyes Católicos, con el oro y la plata del Nuevo Mundo, porcion de pintadas aves nunca vistas acá en Europa, sacaron siempre de sus expediciones estos amables compañeros de nuestra vida. La América no ha dejado de presentarnos al lado de venenosos reptiles, pájaros cuyo precioso plumaje compite en brillo y color con el de las piedras preciosas, cuyo nombre llevan muchas especies de colibries, que habi-

tan en las corolas de las flores como las Driadas antiguas en los árboles. Y allá en desconocidas regiones, en medio de impenetrables selvas que ni el rayo del sol atraviesa ni el pié del hombre puede recorrer hasta ahora, ¡cuántos otros huéspedes alados entonan himnos al Creador y anuncian las maravillas de futuras expediciones, á que el hombre por ánsia de saber y de sed de riquezas habrá de aventurarse corriendo los siglos!

No estrañemos, por tanto, que en la fábula y en la historia se conserven recuerdos de la adivinacion por medio de los pájaros y que en la mejor edad de Roma se conociese el venerable colegio de los Augures, honrados con el filósofo Ciceron y mencionados con elogio por Lucano, al hablarnos de uno que predijo desde lejanas tierras el éxito de la batalla de Farsalia. Esta falsa ciencia, esta supersticion pudo servir á los labradores y á los navegantes para reunir copia de útiles y ciertos pronósticos para el ejercicio de sus profesiones ó introducir en bárbaras edades sentimientos de compasion hácia los animales, que hoy procuran mantener con asociaciones particulares Inglaterra y los Estados-Unidos. La India pudo erigir hospitales para los pájaros enfermos y el Areópago condenar á un niño, que anunciando instintos crueles, habia sacado los ojos á otro pájaro, gracias á la doctrina de la transmigracion de las almas la primera, y al papel que representaban las aves en la religion el segundo, sin que esto parezca estraño al que recuerde que el mismo Salomon, el monarca de las *Mil y Una noches* entre los hebreos, recomienda en sus libros aprender de la hormiga y de los pájaros el cuidado del hogar doméstico.

Tampoco estrañarán nuestros lectores que de sencillísimo arte que fué en Toscana en los primeros tiempos, se trasformase en la complicada ciencia augural de los romanos la observacion del vuelo y del canto de las aves. Una clase especial de sacerdotes, entendidos, si alguno lo era, en astronomía y meteorología, estaba encargada de estas ocupaciones, sin que obstase tal profesion á que se agregasen á su colegio las personas mas distinguidas. Con su baston llamado *lituus*, salian en noches serenas á señalar en el cielo cierto paraje que llamaban *templum* y convertian en teatro de sus investigaciones. Aves amaestradas para tal oficio como los halcones en la Edad media,

designadas tambien con especiales nombres, entre otros los de *oscines* (de canere) y *præpætes*, como si dijésemos de velocísimo vuelo, indicaban á los augures, ó por las inflexiones del canto, ó por la direccion de su marcha en los aires, los sucesos futuros que esplicaban, segun determinadas reglas y por un plan preconcebido. Este colegio gozaba de grandes honores y conservó siempre la elevada categoria que por sacerdotes y por hombres de ciencia merecian sus miembros en un país que no profanaba al saber astronómico particular devocion, como lo prueban la admiracion de los romanos cuando Cornelio Gallo les predijo en el ejército por primera vez un eclipse y la circunstancia de haber traducido Ciceron el poema de Arato para estimular á sus conciudadanos á trabajos de esta índole.

No puede dudarse que semejantes instituciones formaban parte de aquella religion convencional y civil de que Varron nos habla, de la que se burlaban en su interior los hombres instruidos, pero que simulaban venerar como una de las bases en que la constitucion de la ciudad se sostenia. Por una contradiccion en todos los pueblos, muy frecuente cuando se trata de cosas religiosas, el pueblo que miraba con indiferencia las críticas de los dioses, hechas en el Anfitrion de Plauto ó en diálogos como los de Luciano, reprendia al cónsul Claudio Pulcher su impiedad cuando antes de empeñar una batalla, despechado al ver que los pollos sagrados rehusaban tomar alimento y dar feliz presagio, los arrojó al agua diciendo: pues que no quieren comer, que beban. Porque hasta tal punto habia llegado la supersticion, y tan arraigada se hallaba en los ánimos del vulgo la creencia de que las cosas solo reservadas á Dios como futuras, eran para sí y para los otros sabidas por los pájaros amaestrados por aquel venerable colegio.

Si ahora comparásemos esta supersticiosa costumbre con tantas otras que en la historia aparecen, la encontraríamos escusable y mas digna de un pueblo culto, si alguna supersticiosa creencia cupiera en el mismo, que muchas que han venido sucediéndose en la historia de las naciones: Con esta sola al menos no hubiera proferido Lucrecio aquella exclamacion impía: «¡Tantos males ha podido aconsejar la religion!» pues que ni familiarizaba á los hombres con los sangrientos espectáculos de los sacrificios y de los arúspices, que convertian

á los sacerdotes en carniceros, y que, de paso sea dicho, tal vez dieron alguna idea de la ciencia anatómica, en tiempos en que la autopsia del hombre estaba prohibida ó en desuso, ni estaba del todo desprovista de fundamentos en la observación si se hubiera limitado á predicciones meteorológicas tan útiles para la gente del campo, como no ignora ninguno de nuestros lectores. De la costumbre mencionada á los delirios de la astrología media una diferencia inmensa de ideas y de civilización, que nos explica por qué San Agustín al reconocer las supersticiones gentílicas en su *Ciudad de Dios* y en otras obras, combate con ingeniosos argumentos la astrología, y pasa en silencio ó hace muy ligera mención de la ciencia de los augures. Dice sí, adelantándose á la ciencia de su tiempo, que del estudio de los cuerpos celestes y de sus revoluciones pueden deducirse profecías de lo futuro, «*quantum ad ipsa pertinet sidera*,» y los descubrimientos de eclipses y cometas que diariamente se verifican y entre otros el de Neptuno por Leverrier son elocuentes pruebas de la verdad de tan racional aserto. Pero hablen por nosotros en la antigüedad, en la Edad media y en el mismo Renacimiento, que vió rodeada de falsos profetas á Catalina de Médicis, los desvaríos de los astrólogos, y juzguen los lectores qué error es mas perjudicial á la inteligencia y á las costumbres entre este y el que nos ocupa en el presente artículo.

Se dirá tal vez que como errores son condenables todos y que debe medirse su importancia y consecuencias por las de sus aplicaciones en casos determinados. Pero á este argumento, cuya fuerza no desconocemos, puede muy bien contestarse que pocas veces se nos presenta en la historia el de los augures con resultados mas trascendentales que el de suspender una discusión del pueblo reunido en el foro ó el de prolongar una cuestión sostenida entre patricios y plebeyos en pró de los primeros, que durante mucho tiempo tuvieron como exclusivo el ejercicio de las funciones sacerdotales. Eran los toscanos, de quien la ciencia augural procedía, pueblo pacífico y dado á las artes, y como los griegos de la Italia, fueron poco á poco cediendo el terreno á los mas belicosos aunque mas rudos del Norte y del Mediodía. Verdad es que toda práctica que sujete al hombre á la naturaleza y le haga mirar en los elementos que él está llamado á

dominar, otros tantos señores ó la norma de sus acciones debe cortarse de raíz; pero ¿quién no convendrá con nosotros en que la humanidad fuera harto feliz si antes y despues de esta época no hubiese tenido errores mas sensibles y humillantes para el entendimiento, y en los que con tan poca mezcla de falsedad se hubieran descubierto algunas verdades provechosas?

La historia de Roma estuvo largo tiempo en manos de los pontífices; estos tenían á su cargo la formación del calendario, tan tosco al principio, que solo por otros tantos clavos fijados en el templo se contaban los años por un método no mas racional que el que para computar el tiempo desprovisto de todo auxilio científico usaba Robinson en su isla. Si algo se supo en la antigüedad de esa hermosa ciencia meteorológica, tan moderna é interesante hoy, se encontraba envuelto en las fórmulas de la ciencia augural, como si algo se traslució de la química en los siglos medios, fué á través de los errores de los alquimistas. La superstición frente á la ciencia reina poco tiempo, y las cadenas con que oprime los entendimientos son de oro, que cuanto mas se liman y pulen, mas se adelgazan y hacen llevaderas, viniendo á convertirse en puro adorno y simple tradición, por tal únicamente respetada, lo que fuera al principio verdadero vasallaje de la mente.

ANTONIO BALBIN DE UNQUERA.

LA GARZA REAL.

Por A. Toussenel.

La Garza real consta de ocho especies; Garza comun, garza purpúrea, garza blanca, garza cangrejero, garza guarda-bueyes, alcaravan, garza iris y blongios.

Los caracteres generales del género son los siguientes: Pico, cuello, tarsos y piés largos, cuerpo delgado, patas medio desnudas, con un ramo de finas plumas debajo del cerviguillo; valona de encaje; el pulgar ingerido en el dedo interno sobre la estremidad del tarso; el dedo de en medio acanalado; cola corta, grandes alas; sus piés hacen de timon; vuelo poderoso; fisonomía de serpiente. Piscívoros, y sus carnes no se pueden comer.

Garza comun. La mayor y mas conocida de todas las garzas en Francia es la de Fontaine. Ave gris cenizosa, de alta estatura, que mide cerca de un metro desde las plantas de los piés al vértice de la cabeza. Pico afilado y largo de de diez centímetros.

Los adultos llevan debajo del cerviguillo,

á manera de moño, un ligero ramo de plumas finas bien dispuestas, que le caen elegantemente por el cuello como trenzas de alsaciana, y que se le llama malamente plumero, porque plumero es un adorno de cabeza que aspira á subir mas que á descender. El pavo real y el frailecillo ó ave fría tienen plumeros; la Garza y el faisán dorado solo tienen colas. Esta cola de cerviguillo tiene por correspondiente adorno por delante una gola puntiaguda de plumas finas sonrosadas. Los colores blanco y negro, que se funden en el gris, aparecen de cuando en cuando en el ropaje de la Garza para evitar su monotonía. El color negro colora elegantemente las plumas ó guías, traza sobre la cabeza dos anchas vendas que descienden unidas y siguen hasta la nuca, y unen, en fin, sobre la garganta sus lunares de azabache; y los colores blancos argentean las escápulas, el tocado y la parte anterior del cuello, contribuyendo al contraste.

El pico de la Garza es un arma pligrosa de que se vale para librarse de su enemigo, sea hombre, halcón ó perro; uno de los instintos particulares de todos los individuos de este género es apuntar á los ojos del que le ataca, y mas de un bravo imprudente ha pagado su precipitación con la pérdida de uno. Esta ave, en la actitud de la pesca, tiene el pico casi siempre oculto entre sus hombros, y lo lanza como un pescador su dardo contra el pescado que pasa á su lado, y rara vez le falta el golpe. El arma adquiere toda la fuerza que le transmite un ancho cuello recogido sobre sí mismo á manera de un reptil. Sin embargo, este pico de puñal tan estrecho y enmangado en un cuello también tan estrecho, puede abrirse hasta dar paso á piezas de gran volumen. Esta garganta, gruesa como un cañón de pluma, se dilata como la de las serpientes cuando tiene necesidad. Yo he encontrado peces de dos libras en los sitios donde anida el pájaro de que vamos hablando, y he conocido en casa de un amigo una Garza perfectamente domesticada, que respondía por su nombre, que engullía con la mayor facilidad chuletas de carnero de dos ó tres pulgadas de diámetro. Se prestaba voluntariamente á cuantas experiencias intentaba un curioso sobre su glotonería. Con paciencia y tiempo habia adquirido una destreza sin igual para cazar el gorrión y la golondrina al vuelo: en fin, se hizo un puesto de acecho de una vieja rueda de carro abandonada en un rincón del corral, y oculta entre los radios de esta rueda, esperaba con paciencia horas enteras á que una golondrina pasase á su vista, en cuyo caso cogía el pájaro al vuelo, descendía, y corría con las alas abiertas á donde solía comer, sumergía la presa en el comedero varias veces, y después de esto se la tragaba.

Esta costumbre de lavar la presa antes de comerla no es particular de la Garza, pues ya he dicho que el *labbo* tiene muy buen cuidado de desalar con agua fresca los arenques que

come, lo mismo que la grulla y la cigüeña, parientes muy cercanos de la Garza en esta costumbre.

Hará unos veinte años que fui testigo ocular de todos estos detalles, y por una casualidad he visto una obra indigesta de Julio César Scaliger, en donde he encontrado la historia de mis observaciones. Scaliger habrá conocido una garza exactamente como la mía. La única diferencia que encuentro en los dos personajes, es que el de Scaliger comía las piernas de carnero, y el mío solo las chuletas.

La Garza es aficionada, como todos los de su género, á las actitudes imposibles, tristes y melancólicas. Una de sus posiciones favoritas es ponerse en un pié solo, con la cabeza hundida entre los hombros y figurando el pico un clavo puntiagudo que parece que sale del pecho. Otras veces se agacha sobre sus tarsos, y con las plantas de los piés vueltas hacia arriba, parece andar en coche. Es un prestidigitador de superior habilidad, pues cuando quiere, pierde de su marca diez y ocho pulgadas; vuela con las piernas debajo del vientre y los piés tendidos hacia atrás á manera de timón; cuando algún halcón le ataca y le obliga á remontarse, principia por deslastrarse de todo lo que le entorpece, y se ve descender del cielo, los unos tras los otros, serpientes, sapos, ratones, etc.

La Fontaine y la Cetrería han ilustrado á la Garza. La naturaleza le ha destinado un inmenso papel en el porvenir. Como en nuestros climas, este es el pájaro que mas remonta su vuelo después del águila y del buitre, ofrece su vuelo mas interés. Fácil seria hoy reunir en un anfiteatro de la estension de los Campos de Marte un millon de espectadores y manifestarles un torneo aéreo entre la Garza y el gerifalte. La representación seria tanto mas encantadora, cuanto que todas las personas podrían por medio de un anteojo seguir las peripecias del drama, siendo hoy muy fácil humanizar el desenlace salvando á la víctima.

La Garza es el verdadero pescador de río, el modelo de resignación y de paciencia, pues se mete en el agua hasta media pierna para coger el pescado. Habita en todos los contornos de Francia, indígena y sedentario, y pesca en todos los ríos.

Todos los individuos de esta familia, que se desparraman por la superficie de Francia después de la estación de sus amores, se reúnen en la primavera para anidar en sociedad en sitios especiales en los viejos y macizos robles, á donde acuden estos pájaros todos los años á la manera de las cigüeñas. Desde medio siglo acá son poco comunes estas nidadas, llamadas *garceras*, pues en todas mis escursiones cinegéticas solo he encontrado una.

Fué esta la garcera de *Ecury*, pequeño distrito comunal del departamento de la Marne, distante 4 ó 5 kilómetros de la estación del camino de hierro de Strasburgo, entre Eper-

nay y Chalons. El arbolado hospitalario de que hablo formaba parte de las propiedades del general Sainte Suzanne hace veinticinco años. Este bosque era el domicilio del amor de las garzas de diez provincias, pues hay tantos nidos en los árboles, que no creo exagerado haber visto una centena de ellos. Cada uno de estos establecimientos abarcaba una circunferencia de tres pies de diámetro, componiéndose cada familia de cinco ó seis cabezas: el padre, la madre y tres ó cuatro hijos. El consumo diario que allí se hace de pescados blancos, ranas y culebras, causaría la ruina de todos los rios y estanques de alrededor, si las garzas fueran mas cuidadosas de sus trabajos y penas. Felizmente, estas inteligentes bestias comprenden perfectamente la necesidad de repartir equitativamente sus estragos para no producir una cruzada contra ellas. Principian por crearse un departamento de pesca de 40 ó 50 leguas de radio, poco mas ó menos: fijado este límite, el consejo de su república señala su canton especial á cada par, así como sus estanques, etc.: á unos el Rhin, el Meusa, el Sena; y á otros la Champaña, la Lorena, Borgoña, etc.

Allí se ve como cada individuo casado recibe de la comunidad la porción de terreno suficiente para su alimento y el de sus hijos. Por lo demás, la república de las garzas puede ser un objeto de estudio para todos los investigadores de soluciones políticas, pues está basada sobre el principio de la solidaridad universal de intereses, y allí todos los ciudadanos son iguales ante el trabajo. Cada uno vive de los productos de su pesca, y ninguno tiene jamás la insolente pretension de sobreponerse á otro. No es nada difícil adivinar la causa de esta prosperidad de la república y de su cordial inteligencia: las garzas machos son un modelo de sumision conyugal, de constancia y de amor, cuya única ambicion, como la de la golondrina y la tórtola, se reduce á ser admitido á los honores de la incubacion. No pudiendo obtener de sus compañeras que declinan en ellos una pequeña parte de su carga, tienen mucho celo en aliviar su peso. Cada uno de estos tiernos esposos cuida con solicitud extrema y vela por que los alimentos sean buenos y de su agrado. La historia no cuenta un caso de semejantes atenciones, como no sea el de Filemon por Baucis. Luego que tiene lugar el nacimiento, el padre exige imperiosamente de la madre el reposo por muchos dias, y toma generosamente á su cargo el cuidado de la nueva familia.

Acabo de explicar en términos bien claros que la república de las garzas está basada en el principio del amor mas puro, ó sea en la deferencia apasionada del sexo masculino por el femenino. ¡Dadme un pájaro que ame, y todo lo comprenderá! digo yo con San Agustín. El estado de gracia es el amor. Lo que perjudica á la doctrina de la gracia, y lo que la impide penetrar en todos los corazones, es

el ser predicada por hombres que nada tienen de graciosos; hacéndonla predicar por las mujeres, y como por encanto se establecerá la armonía sobre la tierra.

La Garza es mas útil que dañosa, pues se come mas ranas, culebras y sapos que carpas, y sale de los estanques y de los rios para defender las llanuras cuando el turon las invade en el otoño. Es un familiar del hombre y un guardian natural de su reposo y de sus haciendas. Dotada de un temperamento mas robusto que el de la cigüeña, permanece entre nosotros cuando esta se marcha. Solo para su defensa emplea las poderosas armas que le dió la naturaleza. Tiene en la caza del pájaro el mismo empleo que el galgo en la del ciervo.

(Se continuará).

DEL SISON,

Y MODO DE CAZARLO.

El Sison, de la familia de las abutardas, es el faisán de España: su tamaño es el de una gallina comun, tiene la cabeza aplastada con grandes ojos, su plumaje es blanquecino con pintas pardas y negras, las patas amarillas con solo tres dedos; su alimento se compone principalmente de trigo, algarroba y otras semillas: hace sus crias desde el mes de marzo á agosto, poniendo solo dos ó tres huevos; fabrica sus nidos en los panes generalmente ó en los carrizales; á sus hijuelos los alimenta de la misma manera que lo hacen las palomas á los pichones hasta que están en estado de buscarse por sí solos el alimento; habitan, por lo general, en los panes, rastrejeras y tomillares, aunque á veces se los suele hallar en los montes durante el tiempo de sus crias; andan apareados y en el invierno en bandos.

Pocas palabras podré decir acerca de la caza del Sison: la mas usual y la que tiene mejor éxito es con escopeta y perro, es decir, en mano; pero como estas aves son muy afectas á las llanuras, se requiere para cazarlas llevar un buen perro, y sobre todo que cace á la mano y sea obediente, para que en el caso de volarlos y no poderlos tirar, se pueda hacer la segunda ó tercera vez que se intente, consiguiéndose esto tan solo con un perro que reúna las circunstancias indicadas. Son tan sensibles para la muerte las aves de que me ocupo, que la mas leve herida producida por los plomos, las hace caer al suelo, y creo inútil decir que únicamente se las tira al vuelo, y

que son muy fáciles de matar por tenerle muy pesado y seguido, produciendo al levantarse mucho ruido con las alas; pero dan el suficiente tiempo para que el cazador, aun cuando no sea muy práctico, pueda tirarles con alguna comodidad.

Como los terrenos que frecuentan estas aves son casi los mismos en que las liebres tienen sus querencias, sucede muchas veces ver justificado el refran que dice «*La liebre y el Sison amigos son*», pues se ha visto al ir persiguiendo á los Sisones, saltar una liebre de repente. El cazador debe estar, pues, con el mayor cuidado y no ir derecho al sitio en que vió pasar los Sisones si los voló antes, sino guiado por el camino ó ruta que el perro le vaya indicando; cuando mejor se tira á los Sisones es cuando están en pares ó solos, pues estando en bandos es bastante mas difícil, por la sencilla razon de que como hay muchos reunidos, alguno de ellos descubre al cazador ó cazadores y no les deja ponerse á tiro, sucediendo todo al contrario en el primer caso.

No se puede dedicar un dia esclusivamente á cazar estas aves, por la razon de que no encontrándose en abundancia, no se saben los sitios fijos en que se encuentran, si bien se matan algunas, pues no es difícil que al ir cazando perdices, conejos etc., se vuelen por casualidad. La prueba de la escasez de estas aves, es que en los grandes mercados donde se vende toda clase de caza, solo se ven Sisones en número insignificante.

Algunas veces ocurre sorprender un bando, y entonces pueden matarse de un tiro algunas piezas.

La carne del Sison es muy apreciada por todos conceptos, pues es sumamente tierna y delicada, pudiendo figurar como uno de los manjares de caza mas delicados.

L. ORTEGA.

CAZA DEL CABALLO SALVAJE EN LA CHINA.

(Continuacion.)

VII.

José habia oido hablar de la *soirée* teatral que el Tsanbona nos preparaba. Tan luego como concluyó su servicio, encontró el medio de hacer una brillante *toilette*. Verdaderamente su chaqueta y pantalon blancos, sus babuchas doradas, su turbante rojo y su cinturon azul, hacían resaltar su cuerpo bien formado, armonizándose

con su tez de ébano. Héle aquí, pues, imitando unas despues de otras las bailables contorsiones de los diversos pueblos de la India, Indo-China y Malasia, y terminando con entusiasmo supremo de los espectadores, con una indescriptible *bamboula* de la isla de Borbon!...

Desiré no pudo contenerse. A su vez se lanzó al baile, ejecutó una espresiva danza, y despues colocándose enfrente de José bailaron juntos todas las figuras de la antigua contradanza; hasta que por último Desiré, apoderándose de Laos y de Lougle así como de los demás artistas dramáticos, les obligó áacompañarle en una *farándula* carnavalesca, cuyo tono ycompás arreglaba el mismo, dominando la orquesta con su voz de estentor.

Estos intermedios que no estaban previstos en el programa, divirtieron en extremo al jefe de la aldea. Revolcábase el anciano sobre sus cogines riendo ruidosamente, y al observar tan gran alegría me costaba mucho trabajo contenerme en los límites del decoro... Pero ya era tiempo de que se acabase aquel diabólico sarao. A un mandato que yo les dirigí en alta voz, Desiré, José, el Laos y Lougle se detuvieron, y la música cesó de repente quedando en suspenso los danzantes de ambos sexos. Se presumió, sin duda, que yo queria tomar parte en el baile, pero en vez de esto me aproveché deaquella tregua para declarar el Tsanbona que deseaba entregarme al reposo, á fin de estar dispuesto para la partida que debia emprender al dia siguiente al amanecer. Mucho disgustó esta determinacion al cacique, el cual me rogó de un modo eficaz que me detuviese por algunos dias en la aldea, pero yo permanecí inquebrantable, suplicándole que hiciese levantar la sesion, lo que hizo con el mas vivo pesar.

Los músicos desfilaron por delante de mí saludándome profundamente, distribuíles una pequeña gratificacion y el Tsanbona, despues de darme las buenas noches, se retiró.

A los cinco minutos, habiéndome asegurado por mí mismo de que la escolta vigilaba los bagajes, me coloqué lo mejor que pude sobre un monton de cogines. José y Desiré se acostaron á mis piés, y el Laos y Lougle se tendieron á la entrada de la sala despues de haber corrido la cortina que servia de *portiere*. Llevábamos armas todos, y yo habia colocado mi revolver al alcance de la mano.

El local, poco tiempo antes iluminado á *giorno*, estaba ahora sumido en una dudosa claridad por los débiles resplandores de una lámpara. Los incidentes de aquella estraña noche se presentaron á mi espíritu, los animales disecados parecían agitarse sobre su pedestal, y los ecos de aquella estridente música me desgarraba todavía el tímpano.

Aunque el sueño comenzaba á apoderarse de mí, oía todavía cuchichear á mi lado: eran José y Desiré que departían en voz baja creyéndome dormido, lo que no tardó en suceder.

Al amanecer desperté algo sobresaltado, me incorporé sobre mi lecho, la lámpara ardía todavía, y el Laos y Lougle estaban en su puesto, pero José y Desiré habían desaparecido. Al ruido que hice al levantarme el Laos y Lougle se pusieron en pié; salí á la galería exterior y observé que el mayor silencio reinaba en los alrededores. Acerquéme entonces á un enorme *tamtam* colocado cerca de la escalinata, y di en él un golpe con toda la violencia que me fué posible. A esta señal de alarma los habitantes se presentaron precipitadamente creyendo que la morada de su jefe estaba entregada á las llamas, y José y Desiré aparecieron ante mí casi desnudos, el uno vistiéndose su chaqueta y el otro ajustándose sus pantalones.

Administré al primero una significativa corrección, y en cuanto al segundo le manifesté que no estaba dispuesto á perdonar á un europeo lo que dispensaba á un negro, y que si le volvía á suceder que se separase de mí durante la noche, le dejaría solo en el paraje en que nos encontrásemos, aunque fuese en un desierto ó entre salvajes feroces.

No tardó en llegar el jefe, que se empeñó en acompañarme hasta la orilla del Saluein. Una vez allí, unos barqueros nos transportaron á la otra orilla. En este instante, José y Desiré me dieron motivo á recordar ciertos episodios de mi vida de soldado, que yo designaré sencillamente con el siguiente título: *La marcha del alojamiento...* En efecto, las muchachas que habían sido causa de que mis dos *tunantes* hubiesen faltado á la consigna, vinieron á despedirse de ellos en el momento en que la barca abandonaba la orilla...

VIII.

Tres horas de marcha nos separaban de un pequeño río de cuyo nombre no me acuerdo en este momento. Al cabo de este tiempo llegamos á Mung-Ting, gran aldea situada sobre la orilla izquierda del Nan-Ting en la confluencia de este río con el pequeño de que he hecho mencion mas arriba.

Sirve Mung-Ting de extrema-frontera entre la China y la Birmania, puesto que el Nang-Ting es el límite entre ambos países. Esta aldea, aunque de poca importancia, es el centro de su comercio, bastante fuerte y activo, á pesar de las restricciones aduaneras que el gobierno birman ha establecido tanto sobre las importaciones como sobre las esportaciones. Verdaderamente la población está en su mayor parte compuesta de chinos; pues sabido es que este pueblo sabe plegarse

á todo, siempre que para ello exista algun interés.

Mung-Ting tiene la inapreciable ventaja de poseer un gobernador y una guarnición de doscientos soldados. El gobernador concentra en su persona una multitud de atribuciones, gobierna, y las tropas, demasiado mal retribuidas para que puedan servir bien, vigilan una docena de cañones montados sobre cureñas casi inamovibles. Estas piezas están colocadas sobre una colina, de modo que puedan impedir el paso del río; pero á pesar de todo, aquella posición es muy fácil de tomar.

Con gran descontento del Laos, que tuvo sin embargo la delicadeza de abstenerse de toda señal de impaciencia, permanecí por espacio de dos dias completos en Mung-Ting con el designio de estudiar el comercio que hacían los chinos con las tribus vecinas. Felizmente el gobernador no estaba en la aldea, y su lugar-teniente no quiso meterse en gastos para la ceremonia del recibimiento, de suerte que pude disfrutar de todo este tiempo.

Segun decían los mercaderes chinos astutos y hábiles, pero aun todavía mas suspicaces, la caza de los cervatillos almizcleros había terminado ya por aquel año en los parajes que yo me proponía recorrer. El invierno se había adelantado mas que de ordinario, las lluvias habían sido menos torrenciales, la retirada de las aguas se efectuó mas rápidamente, los buscadores de almizcle se habían aprovechado de estas circunstancias para descender en mayor número, los ríos Lautsang-Kyang, Nang-Ting y sus afluentes, y por consecuencia los shanes y kákuys, habían hecho á los pobres animales una guerra tan encarnizada que yo corría riesgo si perseveraba en mi proyecto de emprender un viaje inútil. Como desconfiaba de la veracidad de aquellos mercaderes, tomé otros informes mas seguros, y con gran asombro mio, conocí que no me habían engañado.

Esto, que causaba mi despecho, encantaba en gran manera al Laos, pues este contratiempo, segun él creía, debía conducirnos quince dias antes á su tribu. Sin embargo, al ver lo que me disgustaba aquella contrariedad, se esforzó por consolarme diciéndome que no dejaríamos de encontrar cervatillos por el camino en ciertos puntos que él conocía. En efecto, estos animales cuando se ven demasiado perseguidos se refugian algunas veces en montañas muy distantes de su punto de partida.

Desde Mung-Ting hasta Bandhony-Dgyé no hay mas que un dia de marcha por medio de una llanura. Se atraviesan algunos campos cultivados de arroz, de maíz, de sésamo, de árboles frutales y plantas leguminosas. Bandhony-Dgyé no es mas que una aldea grande. Tuve ocasion

de ver en ella muchos comerciantes chinos que habían venido allí á cambiar telas por plomo, segun decian; pero mas bien era la verdad que hacian su acopio de barras de plata y pedazos de galena argentífera, de la que se explota cerca de aquel pueblo.

El *Shabunder* (superintendente ó director de las minas) era un personaje revestido de los honores de *Onondock*, título que corresponde al de subsecretario de Estado, ó mejor dicho, al de inspector y delegado del ministro de Hacienda. Tenia un suplente para cuando era necesario, que se llamaba *Tsaré-dan-digé*, ó sea secretario imperial, y dos simples *Tsaré-dan*, ó secretarios elegidos por él. Estos estaban obligados á llevar siempre en la mano sus *parabeck* (tablillas negras), para apuntar en ellas sus notas. Casi siempre vestia de etiqueta aquel alto funcionario, y gustaba de adornarse con un *Ttal-one* de diez órdenes (1), haciendo que formasen su comitiva muchos *para-soles*.

La posicion del *Shabunder* ofrece analogía con la de nuestros arrendadores generales. A causa del sistema administrativo adoptado en estas comarcas, y de la distancia á que se encuentran de la capital, seria casi independiente, á no ser por la presencia de su suplente que es á la vez fiscal de sus acciones; pero con frecuencia sucede que ambos se ponen de acuerdo para medrar á espensas del Tesoro público.

(Se continuará).

RESEÑA DE CACERIAS.

UNA BATIDA

EN EL REAL MONTE EL PARDO.

Recientemente se han verificado algunas batidas en el Real patrimonio del Pardo. No tenemos tiempo ni espacio para ocuparnos de todas ellas, y nos limitaremos á dar una ligera idea de la última.

(1) El emperador, Yaya ó Yasa, confiere diversas insignias honoríficas; la copa de oro, el sable con el puño y la vaina de oro, incrustados de rubís, los *para-soles* grandes de todos colores, tres especies de gorros, de los cuales el uno tiene la forma de un solideo guarnecido de piedras preciosas, el otro parece una corona cerrada, y el último se asemeja á una mitra. Por último, el *Tsalone*, cadena de oro de muchos órdenes de eslabones que se lleva colocada en forma de aspa. Esta condecoracion se llama el *nudo brahmánico* ó de los Bramasseeris, así como el cordón de los sramanas ó iniciados en el budismo. Esta condecoracion tiene su gerarquía. El grado mas elevado está representado por ventiuena órdenes, y solo el soberano tiene el derecho de llevarlos. El grado inferior no tiene mas que siete.

Asistieron S. A. R. la infanta doña Luisa Teresa, con su esposo é hijos, el duque de Uceda y conde de Cabra, la señora de Puig, su esposo é hijo, el ministro de Fomento Sr. Orovio, el general Vega y su ayudante el Sr. Oñate, los señores Arana y Guelbenzu, y algun otro que no recordamos. La direccion de la batida corrió á cargo de nuestro amigo y colaborador D. Carlos Hidalgo, administrador del Real sitio y decano de los cazadores de Madrid.

Con solo nombrar al director, basta para comprender que todo estaria admirablemente dispuesto. El Sr. Hidalgo es un fiel representante de nuestros antiguos monteros. Tan galante con las damas como afectuoso con los caballeros, sabe imprimir á estas fiestas el doble carácter de suntuosidad y retiro que exigen, para dejar en pos de ellas agradables recuerdos.

Una cacería es siempre para los verdaderos aficionados una solemnidad. A la que nos ocupaba mayor realce lo suave de la temperatura y las gracias y donaire de S. A. la infanta doña Luisa y de la señora de Puig, que vestian elegantes y lindísimos trajes adecuados al objeto, haciéndonos recordar los buenos tiempos de la Edad media, en que las damas españolas eran las reinas de los torneos y de las brillantes cacerías que entonces se celebraban.

La fiesta empezó en las primeras horas de la mañana. El director, con su reconocida experiencia, fué colocando en los puestos respectivos á los cazadores. Para S. A. y la señora de Puig, á quienes acompañó el señor ministro de Fomento, se habia hecho uno de verde, cantueso, tomillo y mejorana.

Colocados los cazadores convenientemente, hizo el Sr. Hidalgo la señal de dar principio la batida, y entonces empezó lo verdaderamente sublime de la fiesta. Hay cosas que se sienten, pero no pueden espresarse. Todos los lectores de este periódico conocen la emocion que goza el aficionado al sublime arte de Nemrod, en el momento de escuchar el sonido armonioso de la trompa del cazador, las voces de los ojeadores, el aullido de los perros, ese conjunto de atronadores ruidos que despierta y enciende el corazon mas abatido y da fuerzas y bríos al cuerpo mas enervado.

Al sonido de la trompa, á las voces de los ojeadores, al aullido de los perros, sucedió inmediatamente en toda la línea un nutrido fuego, que fué algo certero. Entraron muchas reses de pelo, algunos jabalíes, bastantes perdices y conejos. El resultado fué la muerte de siete hermosos gamos y un jabalí.

El Sr. Guelbenzu, que es un excelente aficionado, atravesó con la bala un gamo, al cual siguieron los perros por espacio de muchas horas, guiados por el rastro con la mayor precision. An-

duvo el animal en su huida mas de cuatro leguas, y atravesó el rio dos veces, hasta que por fin fué cogido por los perros; verdad es que estos, propiedad de S. M. el Rey, son inmejorables, útiles para toda clase de caza y la envidia de cuantos los han visto trabajar.

Concluida la batida, dispuso S. A. que los convidados se dirigieran al sitio elegido para el almuerzo.

En una hermosa llanura rodeada de pinos se habian colocado dos lindísimas tiendas de campaña provistas de limpias y lujosas mesas. El señor Barceló, que tan bien maneja el noble arte de la pintura como el culinario, era el encargado de esta interesante seccion de la fiesta; y seríamos injustos si no le diéramos la enhorabuena y dejáramos de consignar que llenó admirablemente su cometido, dirigiendo la comida con acierto y dando pruebas de buen gusto y galantería y de su interés por los estómagos de los concurrentes.

El ejercicio de la caza despierta notablemente el apetito, y esta verdad quedó justificada el día á que nos referimos; la comida fué succulenta, y á los postres no faltaron brindis alusivos á los placeres de la caza, ni dejaron de contarse lances y episodios que amenizaron la comida, cuyos honores hizo la Infanta con su esquisita amabilidad.

Otra batida se dió por la tarde y se hicieron algunos disparos, aunque sin resultado por haber cambiado el aire, que se puso enteramente en contra.

Los concurrentes regresaron á la corte contentos y con deseos de que se repitiera tan agradable funcion, á la que debieron haber concurrido los Sres. Gonzalez Brabo y Belda, á quienes no tuvimos el gusto de ver á causa de hallarse el primero algo indispuerto, y estar el segundo ocupado en asuntos de su elevado cargo.

El Sr. Orovio se enteró del abuso que por falta de penalidad cometen los que asaltan las posesiones ajenas, estén ó no cercadas, y se nos asegura que en su virtud se trata de poner, por medio de una Real orden, algun correctivo á aquellos desmanes.

B. de V.

Sr. Director de LA CAZA.

Muy señor mío: Como prometí á Vd. en una de mis anteriores, voy a darle una leve reseña de la montería que se efectuó últimamente en el magnífico coto de Doña Ana, y donde fuí convidado por mis amigos el Sr. D. Benito Rodriguez y D. Juan Francisco Vergara.

Pasé la noche del 23 del mes pasado en casa de mi amigo D. Juan Francisco Vergara, del Puerto de Santa María, y temprano, á la mañana siguiente, se juntó la alegre comparsa que formaba la partida de cazadores: todo estaba arre-

glado y listo; nada faltaba absolutamente, al contrario de lo que suele suceder en esta clase de expediciones, donde á última hora siempre falta alguna cosa ó queda algo olvidado. Los perros, caballerías y demás necesario para la cacería, habian sido encaminados el día anterior al coto para esperarnos en aquel sitio.

En un buen brek, salimos del Puerto á las siete de la mañana los Sres. D. Juan Francisco Vergara, Mariano Gaztelu é Iriarte, Manuel Gaztelu é Iriarte, Tomás Osborne, Francisco Morgan, Pedro Badanelli y su servidor, llegando á San Lúcar de Barrameda á las nueve, donde nos recibió con aquella afabilidad que tanto le distingue nuestro compañero el Sr. D. Benito Rodriguez y Roldan, apeándonos en su casa hasta tanto que la barca estuviese lista en Bonanza, para conducirnos á la otra orilla del rio Guadalquivir. Llegamos á la orilla á las doce, donde nos esperaba un magnífico carruaje, propiedad del Sr. D. Juan Francisco Vergara, con cinco buenos caballos, que en hora y media nos condujo á las cercanías del *Palacio*: aquí nos bajamos, pues varios compañeros votaron para que desde allí fuésemos cazando hasta dicho edificio, lo cual puede Vd. figurarse se aprobó unánimemente por todos, pues ya estábamos deseosos de probar fortuna. Sucedió aquí un chasco lamentable á uno de nosotros, pues el entendido y precavido aficionado D. P. B., se encontró sin su *Lefauchent*, por haberla enviado el día anterior con las caballerías al *Palacio*; tuvo, pues, que resignarse con una escopeta del sistema antiguo, aguantando las bromas que le dieron los demás, con su inalterable buen humor.

Aquella tarde se mataron catorce ó quince pares de perdices y otros tantos conejos, habiendo saltado un venado que fué tirado á larga distancia sin éxito.

El 25 salimos á reses, con mal día, pues hacia, como decimos por acá, una *calma chicha*, por cuyo motivo, por bien puestas que estuvieron las escopetas, siempre se aireaban los bichos huyendo para atrás, así es que solo se consiguió matar una puerca por D. Benito Rodriguez, y un venado por D. Mariano Gaztelu.

El 26 fué día destinado á caza menuda, que tanto abunda en este magnífico coto, y aunque el tiempo no favorecia tampoco, se logró matar 15 perdices, 73 conejos y 4 codornices.

El 27 volvimos á montar, y estando el día algo mas favorable porque habia un poco de viento, se mataron cuatro venados; uno por D. J. F. Vergara, uno D. Francisco Morgan, uno D. P. Badanelli, y otro C. Younger, y se tiraron otros varios tiros además á largas distancias.

El 28, cacería menor, muriendo 35 perdices, 75 conejos y una codorniz.

El 29, día de montería, pero muy desgraciado por razón de la falta absoluta de viento y un calor abrasador, se pasó el día sin haber podido matar res alguna.

El 30, se mataron 18 perdices, 56 conejos, y se tiraron á dos venados con plomo del núm. 5, uno por D. Mariano Gaztelu, que lo mató, y el otro por mí, que aunque herido, por ser largo el tiro se pudo escapar.

El 31, se volvió á montar quedando en el campo de batalla un venado, muerto por D. Tomás Osborne y otro por mí, además de un hermoso lince por D. Pedro Badanelli. Este animalito no murió en el acto, y con su fiereza natural dió bastante diversion antes de poderlo rematar, pues salió huyendo, despues de estropear á un perro, y hubo que acudir á la garrocha para sujetarlo, hasta que D. Juan F. Vergara con un tiro puso fin á sus diabluras.

El 1.º de noviembre tambien se dedicó á montería, y como parecia que D. P. Badanelli tenia hecho algun convenio especial con los linceces, tambien murió otro á sus manos; pero era un animal colosal por su clase, pues mas bien parecia ser una pantera. El Sr. Osborne tambien se lució matando otro venado, como tambien el Sr. Vergara otro, ambos tiros á buena distancia.

El 2 nos divertimos á caza menuda, matando 22 conejos, 35 perdices, 2 codornices, 4 patos, y teniendo además D. P. Badanelli la suerte de matar un venadito que le saltó á tiro.

El 3, día de despedida, se dispuso que se diesen un par de batidas á reses antes de marchar, lo que se efectuó teniendo la buena fortuna el que suscribe de matar un venado.

Si el tiempo nos hubiera sido favorable y no hubieran reinado tantas calmas continuas, que para la montería es indudablemente lo peor que puede haber, sin duda alguna hubiéramos hecho una matanza célebre, pues los venados abundan de tal manera, que á veces veíamos 15 ó 20 de estos animales huyendo á largas distancias por las marismas alrededor del coto, y de los cuales muchos hubieran sucumbido á haber habido siquiera un poco de viento para impedir que nos oyesen ó ventearan; pero á pesar de todo y de las reses heridas que se perdieron, el resultado de la cacería fué 12 venados, una puerca, dos linceces, 143 perdices, 241 conejos, siete codornices, cuatro patos y 5 ánsares.

Por demás será decirle á Vd., que durante nuestra permanencia en el *Palacio*, nos dimos un trato magnífico, pues fué de lo mas brillante y esquisito que puede desearse, como tambien difícil seria encontrar igual número de compañeros que congeniasen tan bien como los ocho amigos que nos reuníamos todas las noches á la mesa, á satisfacer el hambre voraz que el ejercicio del día habia despertado, amenizando la comida

chistes graciosísimos y *bolos* abundantes de la alegre reunion, señalándose particularmente un *sucedido* contado por uno, de unas uvas de Málaga empaquetadas un año en serrín de corcho, que cuando se fueron á comer estaban tan frescas como acabadas de cortar de la cepa, y cuyo hecho ninguno de tantos incrédulos quiso por supuesto creer; anécdotas del *arriero*, y de Quevedo y del famoso diplomático conde de Nesselrode por otros dos señores, y en fin, chistes y *verdades* en abundancia, ayudados por el espléndido amontillado (rey de los vinos), de las bodegas de los Sres. Gaztelu (1) y Osborne (2), y la rica manzanilla fina de nuestro simpático y digno compañero y presidente D. Benito Rodriguez y Roldan, de San Lúcar.

Me tocó ser compañero de cuarto con este señor, y la primera mañana á las 5 (hora fatal para uno que habia comido-cenado tarde y dormido apenas), me desperté sobresaltado oyendo á uno cantar en voz alta aquello de *me gustan todas*, ví que era mi presidente que se reía grandemente de mi sorpresa, diciéndome que solia dormir poco y que como teníamos que levantarnos temprano habia preferido ese modo de llamarme, á lo rey, con música. Despues todas las mañanas despertábamos á los demás compañeros con igual serenata matutina, bien por cierto contra el gusto de dos que nada tenían de madrugadores.

En fin, señor director, bien se pasaron esos días alegres y divertidos, y solo deseo que se me presente ocasion para renovar aquellos buenos ratos que siempre dejan recuerdos agradables para los verdaderos aficionados, y que no se pasan tan fácilmente sino en el hermoso coto de Doña Ana, del Excmo. señor marqués de Villafranca.

Dentro de pocos días se proyecta otra montería al mismo sitio, y si me llegan pormenores se los comunicará su afectísimo atento S. S. Q. S. M. B.

—CÁRLOS YOUNGER.

Cádiz 30 de noviembre de 1867.

CORRESPONDENCIAS.

Sr. D. Marcelino Bautista.

Apreciable amigo: He recibido el núm. 23 de nuestro querido periódico y leído la continuacion del proyecto de ley de caza del Sr. Hidalgo. Veo con gusto el celo de este inteligente aficionado, y no seria difícil que cuando concluyera de publicarse, lo estudiáramos, y algunos compañeros míos ó yo dijéramos francamente nuestra opinion sobre asunto de tanto interés.

Hemos hecho la primera montería, es decir,

(1) Casa extractora de vinos del Puerto de Santa María, Manuel Gaztelu é Iriarte.

(2) Id. id. id., Duff Gordon y compañía.

que hemos empezado á disfrutar de nuestra diversion predilecta. Hemos sacado de la expedici on todo el partido posible, y puede decirse que su resultado ha sido satisfactorio, si se atiende al corto número de cazadores que concurrimos.

Tres reses fueron los trofeos con que regresamos á nuestras casas; una que mató mi hermano político y dos que cogieron los perros.

Siempre suyo afectísimo amigo.—T. ESPINOSA Y LIGUES.

Bujalance, 5 de diciembre de 1867.

Sr. Director del periódico LA CAZA.

Mi querido amigo: Invitado para cazar en *Villar de Francos*, me dirigí á este sitio el sábado pasado en compañía de mi querido amigo y compañero de cuerpo D. Bernardo Ibañez.

El fuerte huracan que reinaba, detenía la marcha de los caballos, hasta el punto de emplear seis horas en el trayecto de las seis leguas que dista dicha finca de la capital.

Pero las molestias de la marcha desaparecieron en el momento que la divisamos. La antigua morada feudal, conocida hoy por *Coto Palacio de Villar de Francos*, se eleva majestuosa en un precioso valle, circuida de infinitos arroyuelos y elevados montes, cubiertos de lozana vegetacion en la época mas cruda del año.

La diversidad de su arbolado, entre los que campean los cedros, boj, robles y castaños, le prestan una mágica visualidad, y la multitud de pequeñas casas habitadas por los colonos, se agrupan en torno de la casa solar cual tímidos rebaños en torno de sus guardianes.

A las vibraciones de la campana, y franqueadas las puertas del palacio, nos recibió con suma deferencia y esquisita galantería su dueño, el conocido y simpático D. Juan Do Porto.

Su fácil erudicion, á la par que la finura con que nos hizo los honores de la hospitalidad, consiguieron que los dos dias y medio que allí pasamos, nos parecieran trascurridos en segundos, siendo obsequiados con abundantes y succulentos manjares y cómodos lechos, en los que desafiábamos impuamente la furia del temporal que escuchábamos.

Visitamos ligeramente parte de sus estensas propiedades, puesto que el tiempo no nos permitia detenernos, hallando algunos corzos que tuvimos la desgracia de no poder matar, á pesar de la buena direccion y conocimiento desplegados en las batidas por el cazador de la casa Manuel Rey.

En resúmen: las fechas de los dias trascurridos en compañía de D. Juan Do Porto no podrán borrarse de nuestra memoria; y aunque de poco valor, le ruego acepte este humilde tributo de especial reconocimiento, deseando la repetici on de ratos tan halagüenos.

Queda de V. afectísimo amigo.—A L. de B. Coruña, 6 diciembre 67.

PROYECTO DE LEY DE CAZA.

De la caza en baldios y tierras no cerradas, aunque sean de particulares ó de propios, y restricciones generales para cazar.

TÍTULO III.

(Conclusion.)

Art. 23. Para poder cazar en los parajes indicados en los dos precedentes artículos lo mismo que en general, se ha de obtener la correspondiente licencia de caza y de armas del gobernador civil ó de las autoridades subalternas en quienes este delegue el encargo de darlas, impresas ó por escrito, con el sello ó contraseña que se establezca. Esta licencia será personal, y solo se dará por un año y previos los informes convenientes acerca de la moralidad y conducta de la persona á quien se diese. Los vecinos de poblaciones pequeñas hasta de 500 vecinos, pagarán por dicha licencia anual para cazar en el término jurisdiccional de sus pueblos respectivos, 40 reales y el duplo los cazadores de profesion, y si la licencia fuese para cazar en toda la provincia, el pago será doble por cada una de su clase respectiva. En las capitales de provincia pagarán los aficionados 50 rs. y los cazadores de profesion 100 rs., y siendo estensiva á toda la provincia 80 reales los primeros y 180 los segundos, y en Madrid 60 rs. los primeros y 120 los segundos, y siendo estensiva á toda la provincia 100 y 200 respectivamente.

Art. 24. Cuando el propietario ó el arrendador de cualquiera finca se hubiese reservado el derecho de matar ó tomar la caza de su respectiva posesion, podrán autorizar una ó mas personas provistas del correspondiente permiso, si tuvieren licencia de caza, para entrar en dicha posesion para cazar.

Art. 25. Cuando el derecho de matar la caza en cualquiera posesion ó término está reservado por contrato al arrendatario ó propietario, con exclusion del que labra ó aprovecha la finca con cualquiera otro objeto, este quedará obligado á todo lo que haya lugar si matase, destruyese, ó tomase la caza en dicha posesion, ó si diese permiso á persona alguna de hacerlo sin la autorizaci on del propietario ó arrendatario. Dicha persona pagará en tal caso por cada cabeza de cualquier especie de caza, matada ó tomada 100 rs., y por la ofensa 200, con mas las costas.

Art. 26. Los dueños ú arrendatarios de posesiones destinadas á la cria de caza, pueden poner en las mismas cepos, trampas, máquinas loberas, máquinas de fuego, y cuantos útiles tengan por conveniente, tanto para la destruccion de animales dañinos, como para la seguridad de su posesion, pero en manera alguna en los caminos públicos ó de tránsito.

Art. 27. Asimismo se permite todo lo espresado en el artículo anterior en los terrenos de propios y baldios, cuya caza no estuviese arrendada.

TÍTULO IV.

De la caza de palomas.

Art. 28. Se prohíbe tirar á las palomas que no sean montesinas ó zuritas, en todo tiempo, no siendo á 2,000 varas de distancia del palomar, y aun así no podrá hacerse con ciñuelo ó cimbeles, ni otro engaño, quedando sin fuerza ni vigor las leyes ó pragmáticas anteriores á la presente ley, pagando los contraventores á ella la multa que se señala en el art. 9.º

Art. 29. Como por circunstancias locales pueda convenir en algunos pueblos cerrar los palomares en cierta época del año si el interés general lo reclamase, los ayuntamientos de los pueblos que se hallasen en este caso podrán disponer, cuando lo juzguen oportuno, se verifique; pero nunca podrán permanecer cerrados en el discurso del año mas de dos meses, avisándolo con anticipación para gobierno de los dueños de los palomares.

TÍTULO V.

De la caza con galgos.

Art. 30. Las mismas reglas que se han establecido en orden á la caza de escopeta se observarán respecto á la de galgos en la parte que á esta concierne.

Art. 31. Los que quisieren cazar con ellos pagarán por la licencia por uno ó dos galgos 100 reales, aumentándose 40 rs. por cada galgo mas que tuviesen, y cuya licencia servirá para solo un año.

Art. 32. Los cazadores de galgos no podrán reunirse á cazar nunca mas de cuatro personas en mano con igual número de galgos, ó tres hombres con el mismo número de perros.

Art. 33. Se prohíbe en todas partes el uso de galgos para cazar desde 1.º de marzo ó 1.º de abril de cada año, segun la provincia, hasta el día en que se concluya la veda general de caza, y en los parajes plantados de viña se amplia esta prohibición hasta tanto que el fruto se haya cogido, en conformidad con lo que previene el artículo 21.

TÍTULO VI.

De la caza de animales dañinos.

Art. 34. Será libre la caza de animales dañinos, á saber: lobos, osos, zorras, garduños, gatos monteses, id. cervales, tejones, águilas, etc., en las tierras abiertas de propios, en las baldías y en las rastrogeras no cercadas, aunque sean de propiedad particular, durante todo el año, incluso los días de nieve y los llamados de fortuna.

Art. 35. Para fomentar la destrucción de toda clase de animales dañinos se pagará á las personas que los presentasen muertos 80 rs. por cada lobo, 100 por cada loba, y 200 si está preñada; 30 por cada lobezno, 20 por cada zorro, y 40 por cada zorra; 40 por cada zorrillo, 20 por cada garduño, 40 por cada turon, y 20 por los demás animales menores, tanto machos como hembras, y 10 reales por cada una de sus crías, como igualmente por las garras del águila.

Art. 36. Los dueños ó arrendatarios, y no otros, de montes, sotos, bosques y todo paraje destinado á la cría de caza, son libres para cazar los animales dañinos con cepos, trampas, y de cuantos modos quieran aun en los meses de veda.

Art. 37. La justicia á quien sea presentado

el animal ó animales arriba espresados, entregarán en el acto y sin escusa alguna bajo recibo, la recompensa que marca el art. 35.

Art. 38. Los recibos con las orejas del lobo y zorra, cola de los demás, piel de la garduña y garras del águila, son los documentos que ha de presentar la autoridad local en la capital de la provincia, como requisito indispensable para que lo abonado le sea admitido en cuentas.

Art. 39. Se prohíbe sin escepcion alguna las batidas comunales de los pueblos, aun so color de estincion de los animales dañinos, á menos que la autorice ó mande el gobernador civil porque así lo exijan circunstancias particulares.

TÍTULO VII.

Prohibiciones y penas contra los que destruyen la cría de la caza.

Art. 40. Se prohíbe á los pastores, á sus zagales y criados, á los segadores, á los muchachos ó cualquiera otra persona, y mucho mas á los guardas del campo ó de bosques, sotos, alamedas ó terrenos de cualquiera clase, buscar los nidos de perdices, ó la cría de liebres y conejos, no solo por el perjuicio que causa muchas veces en sembrado, sino tambien por la destrucción de la cría próxima. Todo aquel que contravenga esta disposición sufrirá una multa de 60 reales por la primera vez y 120 por la segunda, acreciendo la suma discrecionalmente en caso de reincidencia. Si el contraventor careciese de posibles y no pudiese pagar, sufrirá por la primera vez ocho días de cárcel, 15 por la segunda, y un día de prisión por cada 10 reales de multa si fuese reincidente, debiendo por lo menos responder sus padres, tutores ó encargados de su educación. La mitad de las multas realizadas será para el delator.

TÍTULO VIII.

Disposiciones relativas á la venta de la caza.

Art. 41. Todo dueño ó arrendatario que quiera hacer venta de la caza, dará un certificado para el que la conduzca, visado por el alcalde y escribano de la jurisdicción, ó en su defecto el síndico de la corporación municipal, cuyo requisito será igualmente necesario para la introducción hasta el número de ocho piezas de caza menor en poblaciones en que se cobren derechos de puertas, de los cuales estarán exentos el número de piezas indicadas, no siendo para venta y procediendo de aficionados y dueños ó arrendatarios de la caza por recreo; mas no así estarán exentos de pago por la caza los traficantes en ella ó cazadores de profesión.

Art. 42. Toda persona que haya obtenido licencia para cazar, puede vender su caza á los tratantes que estén adornados de aquel requisito; pero en manera alguna los guardas ó montaraces podrán hacerlo, sino por cuenta y con licencia por escrito del amo ó administrador principal de quien dependan, y si lo hiciesen sin esta circunstancia, se podrá proceder contra ellos como infractores de la ley.

Art. 43. Los gobernadores civiles son los únicos autorizados para conceder las licencias correspondientes á los tratantes en caza, á los cuales se les expedirá en el trascurso que media desde 1.º al 24 de febrero, estensiva tan solo á la venta de conejos muertos en las épocas que prefiere el art. 14, y comprensiva á toda la demás clase de caza, por lo que respecta á los meses res-

tantes del año, con la diferencia de casos y localidades en conformidad á las épocas del año prefijadas en el citado art. 14 del título III.

Art. 44. Por las licencias de que habla el artículo anterior para tener tienda ó puesto para vender caza, se pagará en Madrid 200 rs., y en las capitales de segunda clase 120, y en las de tercera 80 rs.

Art. 45. Si alguna persona tratante en caza, ó fondista comprare ó vendiere, y tuviese en su casa tienda ó puesto de caza de cualquiera especie para su venta despues de espirar el término respectivo á cada provincia para poder cazar, que se establece por el art. 14 y 43, tit. III y VIII, pagarán 200 rs. de multa y las costas, y si fuese persona que no tenga la correspondiente licencia para tratar en caza, pagará por cada cabeza de ella de la clase de caza menor que se hallare en su morada ó de cualquier modo en su posesion, tienda, establecimiento, fonda, hostería ó puesto público, comprada ó matada por él para especular con ella en tiempo de veda, la cantidad de 30 reales por cada cabeza menor, y 400 si fuese mayor, y además las costas.

Art. 46. Cuando el propietario se hubiese reservado el derecho de matarla caza de su respectiva posesion, podrá autorizar á una ó mas personas para verificarlo, con el correspondiente permiso ó licencia por escrito.

TÍTULO IX.

Del modo de proceder en materia de caza y pesca.

Art. 47. Los Alcaldes Constitucionales de los respectivos pueblos serán los que entiendan gubernativamente en el despacho y ejecucion de las denuncias que se presenten sobre caza y pesca, debiendo hacerlo en el término de ocho dias á lo mas, con arreglo al artículo 11 de esta ley, título segundo, bajo su responsabilidad, siempre que no ocurran incidencias, en que por las leyes deba entender el poder judicial.

Dichas denuncias ó procedimientos tendrán lugar:

1.º Por queja de parte agraviada, Guardia civil, guarda jurado, ó individuo de Ayuntamiento.

2.º De oficio.

3.º A instancia de todo ciudadano en el ejercicio de sus derechos civiles en los demás casos de infraccion de esta ley.

Art. 48. El producto de las multas, venta de escopetas y demás pertrechos de caza ó de pesca, en su caso, se dividirá en cuatro porciones iguales al tenor de lo especificado en el artículo 10 de esta ley.

Art. 49. En los casos de reincidencia, y en que haya que imponer mayores multas, las autoridades subalternas consultarán al Gobernador civil de la provincia sobre las que convenga imponer, siempre que no haya lugar á proceder por el juzgado competente, por malos tratamientos, resistencia á guarda ó persona autorizada, ó finalmente por cualquiera otra causa grave.

Madrid 13 de Febrero de 1867.

CARLOS HIDALGO.

CRÓNICA.

En la tarde del sábado 30 de noviembre, Sus Altezas Reales los señores infantes duques de Montpensier y conde de París, regresaron de la cacería que durante seis dias dieron en el coto de Montagil, de la propiedad del Sr. D. Matías Ramos Calonge. Matáronse en ella de 600 á 700 piezas, entre ellas un hermoso gato montés. De regreso al palacio de San Telmo, las personas invitadas fueron presentadas á los serenísimos señores infantes, que felicitaron á los cazadores por su habilidad. Por orden de los señores infantes la mayor parte de la caza fué repartida á los establecimientos de beneficencia.

En Stulpikany (Bukovina) el alcalde de uno de los ayuntamientos inmediatos ha disparado á una distancia de seis piés, en una caza organizada el 14 de este mes, sobre un oso colosal, matándole en el acto. El animal pesaba 360 libras y tenia seis piés y siete pulgadas de largo. Sus garras tenían de ocho á nueve pulgadas y seis pulgadas de ancho. Su piel era muy negra. Durante el otoño este oso habia estrangulado quince reses.

En el concurso celebrado en Lucerna (Suiza), para premiar al mejor tirador de rifle, ha obtenido el número primero Ana Arnold, hermana de un fondista de la indicada ciudad, que tomó parte en el certámen, y acertó al blanco con todos los tiros que disparó.

La Sociedad protectora de los animales en Francia ha concedido á Mr. Isidoro Pierres, decano de la Facultad de Ciencias de Caen, una medalla de plata por su memoria acerca de algunas enfermedades de la raza bovina.

Tenemos el gusto de anunciar á nuestros lectores que nuestro colaborador D. Antonio Balbin de Unquera, ha presentado en la Sociedad Económica Matritense, asociado al Sr. Blanco y Cruz, un proyecto de esposicion nacional agrícola, suspendido desde 1857. A esta idea, que sin duda figurará entre las mas patrióticas y laudables que ha favorecido aquella respetable sociedad, va unida la de una esposicion industrial. Ambos concursos si llegan á reunirse, como muy de veras lo deseamos, serán á la vez que prueba de nuestros adelantos desde los años pasados, eficaz estímulo para que vayan cada dia en sucesivo aumento.

A NUESTROS SUSCRITORES.

Vamos á dar un paso más en la organizacion de nuestro periódico, sintiendo que circunstancias inevitables nos impidan ir mas de prisa en nuestro camino.

Desde 1.º de enero de 1868, LA CAZA saldrá á luz todos los lunes. Cada número contendrá, cuando menos, DOCE PÁGINAS ó sean 24 columnas de impresion en folio. Además se repartirán cinco entregas al mes de 16 páginas de la

BIBLIOTECA DEL CAZADOR,

que constará de obras selectas de caza, traducidas unas de los mejores originales extranjeros, y escritas otras esclusivamente para la BIBLIOTECA. Alternarán las obras de instruccion con las de recreo, de modo que nuestros suscritores irán insensiblemente reuniendo una biblioteca selecta sin otro desembolso que el precio de la suscripcion al periódico. En cuanto á este, una colaboracion mas estensa y un círculo cada vez mayor de corresponsales, harán del órgano de los cazadores de España una publicacion que pueda competir dignamente con las mejores de Europa.

A los señores que tenían pagado todo el año completo que debería haber cumplido en enero de 1868, se les anota, como pagado á cuenta del año próximo, la cantidad de 15 reales, que se servirán deducir al hacer la renovacion.

Queda una cuestion pendiente, que es la de las láminas y todo lo que se refiere á la ilustracion del periódico.

La esperiencia nos ha demostrado que por ahora no podemos sin graves inconvenientes contraer compromiso mayor que el consignado en el anuncio inserto en este número. Daremos, pues, solamente los grabados que nos sea posible, en la inteligencia de que si son pocos, en cambio serán buenos y sobre todo de utilidad.

Un compromiso tenemos contraido con algunos, aunque muy pocos suscritores: el de publicar la coleccion de grandes láminas. Este compromiso se cumplirá religiosamente y no nos arredrarán sacrificios de ninguna clase para que las litografias sean por todos conceptos dignas de este país y de nuestros abonados.

Si hasta ahora hemos tropezado con obstáculos insuperables, que conocen algunos de nuestros amigos y adivinarán los restantes, nuestra decision ha empezado á salvarlos.

Suplicamos á los suscritores á dicha coleccion de láminas que nos dispensen el retraso que su

reparto ha tenido, pudiendo, si gustan, suspender el pago del periódico hasta que reciban las espresadas láminas.

ANUNCIOS.

LA CAZA.

BASES PARA EL AÑO DE 1868.

Desde el mes de enero de 1868, LA CAZA saldrá á luz todos los lunes. Cada número contendrá 12 grandes páginas en folio á dos columnas, edicion ilustrada. Los números de seis meses formarán un magnífico tomo de mas de 300 páginas, ó sea cerca de 700 grande columnas, con algunos grabados.

La suscripcion costará: en Madrid, en la Administracion del periódico, tres meses, 24 rs.; seis, 48. En las librerías: tres meses, 26 rs.; seis, 50. Provincias: tres meses, 28; seis, 50, si se hace la suscripcion en la Administracion, calle del Espíritu Santo, 37 y 39, SEGUNDO DERECHA: por comisionados ó libreros, tres meses, 30 rs.; seis, 54. El premio de comision es el 10 por 100 en Madrid y el 12 en provincias.

Ultramar y extranjero, seis meses, 80 rs. Filipinas y América, seis meses, 100.

BIBLIOTECA DEL CAZADOR.

Coleccion de obras selectas de caza.

Cinco entregas al mes de 16 páginas.

Gratis para los suscritores á LA CAZA.

Cada tres meses un tomo, que costará 14 rs. en Madrid y 16 en provincias.

INDISPENSABLE PARA LOS CAZADORES.

LIBRETE DE CAZA

en forma de elegante cartera, adornado con diez y siete viñetas. Contiene varios estados para anotar dia por dia el resultado de esta diversion, una ligera idea de las diversas cazas, un resumen general para todo el año, otros estados para ojeos y para la caza de perdiz al puesto en sus dos épocas, una libreta de gastos y la ley de caza y pesca.

Véndese á 10 rs.; y 12 en provincias, por sellos ó libranzas al Administrador de LA CAZA.

Por todo lo no firmado,

El Editor responsable, D. DOMINGO DE CASTRO.

MADRID.—1867

Imprenta á cargo de J. E. Moreta, Beatas, 12.